PERIODO SEXTO.

EL IMPERIO DESDE PERTINAX HASTA DIOCLECIANO

Ó

ÉPOCA DE LA ANARQUÍA MILITAR.

Años 91 (193-285 antes de J. C.)

CAPITULO XXX.

LOS PRINCIPES SIRIOS (193-235).

Pertinax y Didio Juliano (193). — Septimio Severo contra Niger y Albino (193-197). — Gobierno de Septimio Severo: guerras contra los partos y los bretones (198-211). — Caracalla y Geta (211-217). — Macrino (217-218): Heliogábalo (218-222). — Alejandro Severo (222-235).

Pertinax y Didio Juliano (193).

Los asesinos de Cómodo, que querian cuanto antes tener emperador, nombraron á Pertinax, prefecto de Roma; el senado aprobó su eleccion, y el 1° de enero de 193 los pretorianos, aunque con disgusto, prestaron juramento al nuevo príncipe por la cuantiosa gratificacion que les prometieron. Pertinax era hijo de un liberto traficante de leña y residente en Alba Pompeya; pero su inteligencia le habia elevado ya mucho entre las tropas Experimentado, probo y de buena intencion, sencillo en su vida privada y resuelto á tener al senado los miramientos que aun merecia, Pertinax verosímilmente habria figurado entre los mejores príncipes si no hubiese sido tan corto su reinado. Queria restablecer el órden en el Estado y en la hacienda, medio arruinada por las locuras del último príncipe, y con este fin mandó vender los muebles y todo lo supérfluo del palacio imperial, quitó algunas de las trabas que entorpecian el comercio, y eximió de impuestos por diez años á los que cultivasen nuevamente las tierras entonces desiertas de la

Italia; pero como aquellas economías no podian agradar á sus soldados, le asesinaron en su palacio el 28 de marzo, cuando habia reinado 88 dias.

Entonces comenzaron escenas incalificables y afortunadamente sin ejemplo en la historia. La soldadesca puso el imperio en subasta: hubo dos postores que se le disputaron á fuerza de promesas, y por fin se adjudicó la monarquía de Augusto al anciano cónsul Didio Juliano, por la cantidad de 6,250 dracmas para cada soldado. Terminada la venta, los pretorianos echaron una escala de lo alto de los muros de su campamento, y el nuevo emperador acudió á recibir el juramento de sus guardias y las insignias imperiales. Por temor al pueblo tenian los pretorianos cerradas las puertas de su campamento; mas entonces las abrieron, y formándose en órden de batalla, acompañaron á Didio al palacio. El senado aceptó al elegido de las tropas, deplorando en secreto la afrenta que hacia al imperio aquel anciano ambicioso, sin dignidad, que tan tristemente coronaba su estéril existencia. Didio prometió lo que no podia cumplir, y los acreedores, implacables con su imprudente deudor, se habrian apresurado á derrocarle si no se hubiesen adelantado á ellos las legiones de las fronteras. Nada mas natural: sabiendo cómo nombraban los emperadores, los ejércitos no podian permitir que los pretorianos tuviesen el monopolio de tan indigno tráfico, y propusiéronse disponer tambien ellos del imperio. Las legiones de Bretaña proclamaron, pues, á su jefe Albino, las de Siria á Pescenio Niger y las de Iliria á Septimio Severo. Inmediatamente este último marchó á Roma: el senado, sabedor de su aproximacion, declaró á Didio enemigo público, le mandó dar muerte no obstante sus plegarias y sus lágrimas, castigó á los asesinos de Pertinax, y reconoció como emperador al elegido por las legiones de Iliria.

Septimio Severo contra Niger y Albino (193-197).

Septimio Severo estaba casado con una mujer siria, y algunos le consideran como el primero de los príncipes sirios, aunque nació en Leptis (Africa) de una familia que

quizás era oriunda de la Galia. Cuando se encontró cerca de Roma llamó á los pretorianos, que, segun la costumbre, fueron sin armas, y una vez que las legiones ilirias les rodearon sigilosamente, Septimio Severo les echó en cara con dureza la muerte de Pertinax y la afrentosa eleccion de Didio, ordenó que les arrancaran las insignias militares, rompió sus cohortes y les desterró á 100 millas de Roma. Así sucumbió aquella guardia turbulenta que, nacida en la oscuridad, llegó un dia á disponer del imperio. Desgraciadamente Severo no la abolió, sino que se contentó con modificarla, y hasta la dió mayor fuerza, pues en su tiempo ascendió á 50,000 hombres, elegidos entre los mas valientes de las legiones, de cuyo modo contaba excitar la emulacion en el ejército.

Septimio Severo entró luego en Roma, y como aun habia peligros, pues tenia dos rivales en las extremidades del imperio, se condujo con moderacion y dulzura; pero no tardó Roma en ver qué tiempos empezaban entonces para ella : los soldados de las legiones de Iliria, poco menos bárbaros que aquellos que habian tenido á su frente, se consideraban en una ciudad conquistada, y se alojaban en los templos, en los edificios públicos, bajo los pórticos, saqueando todas aquellas casas que se negaban á satisfacer al punto sus exigencias. Un dia que Severo estaba arengando al senado se presentaron á pedirle que concediera una gratificacion de 2,500 denarios por cabeza, y tuvo que acceder en gran parte á sus deseos.

Concluidos los asuntos mas urgentes, el emperador pensó en la guerra. Con toda precaucion, para no tener que habérselas con dos enemigos á un tiempo, antes de entrar en Roma escribió á Albino dándole el título de César, lo que equivalia á una promesa de compartir el imperio con él; y seguidamente se ocupó de Niger, principiando por mandar á Africa soldados, con la idea de que su rival no pudiese interceptar los convoyes de Cartago y de Alejandría que llevaban víveres á Roma. Niger, que no contaba con la rapidez de aquella expedicion, gozaba en Antioquía de su nuevo título, sin ver los peligros de su situacion en medio

de las aclamaciones de las provincias de Oriente. Sus tropas, que habian perdido la costumbre de combatir, eran incapaces de medirse con las valerosas legiones de Iliria. Derrotado en Cízica, donde queria cerrar á Severo la entrada de Asia, lo fué por segunda vez cerca de Nicea de Frigia; y en vano fortificó los pasos del Tauro, pues su incansable adversario penetró en la Cilicia, le venció por tercera vez cerca de Iso, y le alcanzó y dió muerte cerca de Antioquía cuando se encaminaba hácia los partos (194). Solo en Bizancio encontró Severo una tenaz resistencia, dirigida por el ingeniero Prisco, que se mantuvo firme dos años, y Severo castigó duramente á la ciudad, desmantelándola y poniéndola bajo la dependencia de Perinto. Tambien quitó sus privilegios á Antioquía y persiguió cruelmente á los partidarios de Niger, aun á los soldados, que se huyeron al pais de los partos donde enseñaron la táctica y el empleo de las armas romanas.

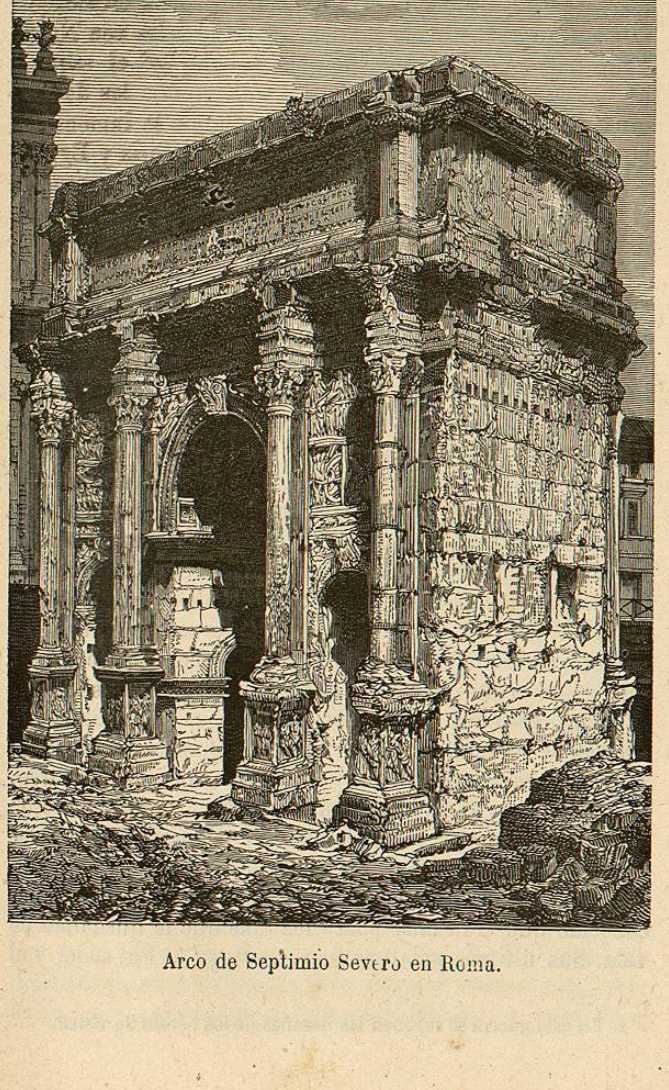
Ya hemos dicho que Severo habia tratado de contemporizar con Albino. Mandó que acuñaran medallas con su efigie, le envió cartas amistosas, y sus hijos escribieron tambien á los hijos del nuevo César. Muerto Niger, le comunicó la noticia de su victoria con unos mensajeros encargados de asesinarle. Albino conoció, aunque tarde, que habia sido engañado; mas como el senado le llamó secretamente, quiso adelantarse á su rival, tomó en la Galia el título de Augusto y llegó hasta Lion, donde se empeñó un sangriento combate entre las legiones de Bretaña y de Iliria (19 de febrero de 197). Albino, vencido, se dió muerte, y la ciudad de Lion, que le abrió sus puertas, fué dada á saco é incendiada. Severo envió al senado la cabeza de Albino con una carta amenazadora, y á su regreso ejerció en Roma las mayores atrocidades : parecia que habian vuelto aquellos tiempos de las proscripciones de Mario y de Sila, cuyos rigores merecian sus elogios. No solo perecieron los amigos de Albino, sino muchos ciudadanos cuyo único crímen era la fortuna que poseian : 41 familias senatoriales extinguió el verdugo, y en medio de estas terribles ejecuciones, Severo celebró la apoteósis de Cómodo.

Gobierno de Septimio Severo: guerras contra los partos y los bretones (198-211).

Queriendo cubrir con alguna gloria tamañas crueldades, atacó á los partos, que combatieron coaligados con Niger, y tomó á Seleucia y Ctesifonte, que entregó al saqueo; pero sus conquistas no tuvieron mas vida que las de Trajano, y otra vez la Partia se salvó merced á la inmensidad de su territorio. Severo visitó á su vuelta la Siria y Egipto, y á su llegada á Roma (199) ordenó la quinta persecucion contra los cristianos, no obstante las elocuentes apologías de Tertuliano y de Minucio Félix.

Su ministro Planciano, africano como él, aunque de baja esfera, era el principal consejero de aquellas crueldades, pues le dominaba con su influencia y habia venido á ser el principal personaje del imperio. Reunia á la prefectura del pretorio, ó sea la autoridad militar, la jurisdiccion civil y criminal, la administracion de policía y hacienda; en suma, todos los poderes, que aprovechó para satisfacer su codicia. Obtuvo que Caracalla, el hijo primogénito del emperador, se casara con su hija Plautilla (203), la cual aportó al matrimonio un dote que hubiera bastado á diez reinas; pero el jóven príncipe odiaba á la hija y al padre, y Planciano, insultado y amenazado, conspiró contra Severo y Caracalla, que le acusó y le mandó dar muerte en presencia del emperador, siendo reemplazado por el famoso jurisconsulto Papiniano, quien, para juzgar mejor los procesos, se asoció á los abogados Paulo y Ulpiano.

Papiniano contribuyó poderosamente á las reformas. Severo, tan cruel como activo, queria plantear en el Estado la misma disciplina que en el ejército, y así fué que promulgó muchas leyes para corregir las costumbres, quitó el influjo á los libertos y castigó con rigor á los dilapidadores de la fortuna pública. Sus economías fueron tales, que á su muerte se halló trigo en los graneros para siete años. Ya las provincias no tenian que temer las exacciones de sus gobernantes; pero aun hizo mas por ellas, pues las embelleció con muchas y magníficas construcciones, como lo



Arco de Septimio Severo en Roma.

prueban las ruinas que aun se ven en medio de los desiertos de Africa. « Contentad á los soldados, sin hacer caso de nada mas, decia á sus hijos, porque con ellos rechazareis á los bárbaros y contendreis al pueblo. » No queria decir que se pasara por todos sus caprichos y se descuidara la disciplina, lejos de eso, nunca fué mas severa; pero en cambio les concedia varias prerogativas y aumentaba el estipendio y las distinciones con el fin de que su gobierno tuviese un buen apoyo. Proclamaba altamente el principio que Augusto y sus sucesores ocultaron con formas republicanas, el despotismo militar, base bastante frágil para tan vasto imperio. Al cabo de algunos años de reposo, Severo marchó á Bretaña á sofocar una rebelion, empresa pronta y fácil, y aprovechó su presencia en la isla para acabar de someterla. Internóse en las montañas de los caledonios; pero molestado sin descanso por ataques contínuos que le costaron hasta 50,000 hombres, volvió á la política de Antonino y construyó una muralla de un mar á otro en la línea que habia trazado Agrícola.

Enfermó en su expedicion, y sin embargo, su hijo Caracalla, llamado así por el nombre de un vestido galo que llevaba, no esperó su fin, y un dia que el emperador iba á caballo á conferenciar con los bárbaros, sacó su espada y por detrás quiso herirle; mas entonces los guardias arrojaron un grito de horror y el emperador volvió la cabeza. Celebró su conferencia, se retiró á su tienda, llamó á su hijo y le dijo que podia consumar su parricidio. A todo esto se empeoraron sus males: los caledonios, sabedores de la noticia, se levantaron, y Severo mandó que se continuase la guerra hasta el completo exterminio de aquellos hombres; pero las tropas se arredraron ante tamaña lucha[1], estalló en ellas una sedicion, y proclamaron á Caracalla. Entonces Severo, llevado á su tribunal, ordenó el suplicio de los culpables, y quizás habria dado muerte á su hijo á no haber conocido que eran muy pocos los dias que le quedaban de vida. Sus últimas palabras fueron estas : « Fuí todo, y el

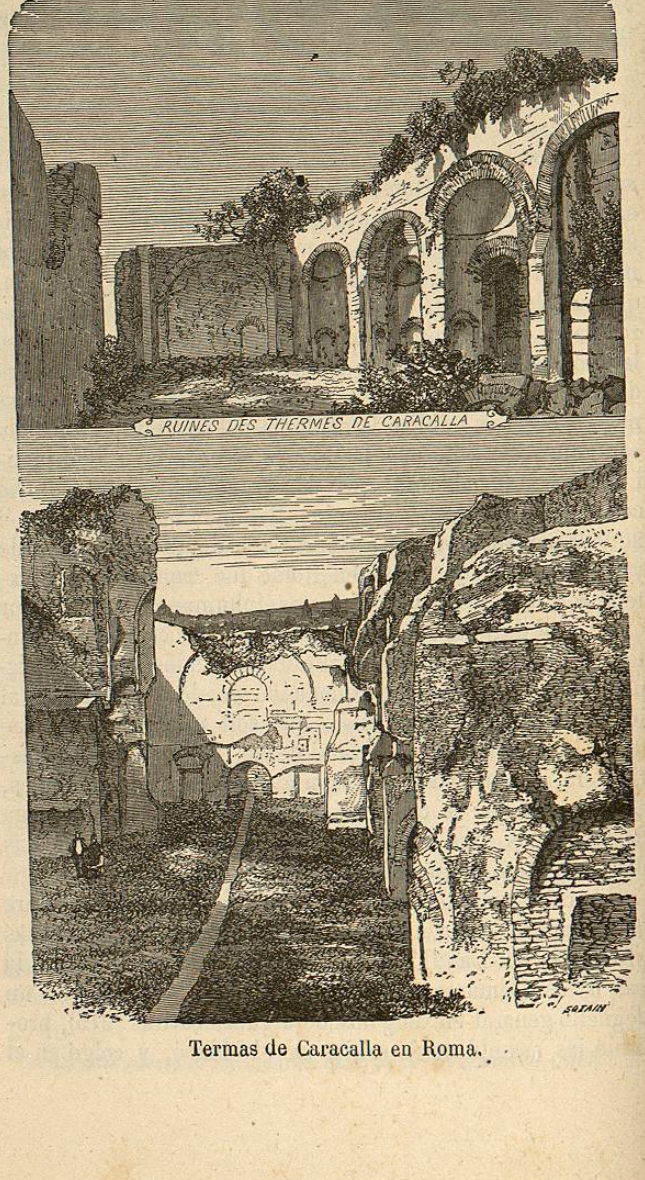
1. En esta guerra se suponen las hazañas de los héroes de Osian.

todo es nada; » antes habia dicho : *Laboremus* (trabajemos). Dejó dos hijos, Caracalla y Geta, entrambos de la siria Julia, que se habian ya dado á conocer por sus enemistades (211).

Caracalla y Geta (211-217).

Los dos hermanos, acompañados de su madre, se apresuraron á volver á Roma, donde á la par fueron reconocidos emperadores. Quisieron compartir el imperio; pero Julia se opuso, y con esto se aumentaron las divisiones y los odios. No tardaron en amenazarse de muerte, y Caracalla, que se adelantó, dió de puñaladas á su hermano en los brazos de su madre, citó á Rómulo para justificarse, y dispuso la apoteósis de Geta. Sin embargo, acosáronle los remordimientos y trató de ahogarlos en la sangre. Papiniano se negó á hacer en público la apología del fratricidio, diciendo con entereza : « Es mas fácil cometer un crímen que justificarlo. » Así hablan á veces los grandes magistrados. No conoció Séneca tales escrúpulos. Papiniano pereció y con él 20,000 personas adictas á Geta. Caracalla diezmó al senado y le escarneció, y no solo en Roma fué cruel, sino que extendió á las provincias sus actos inhumanos, aunque por otra parte durante su reinado se planteó la constitucion antonina *de civitate*, por la cual obtenian todos los provincianos el derecho de ciudad, quedando por lo tanto sujetos al impuesto sobre las herencias, que solo pagaban los ciudadanos, y que con esto subió al doble. La medida en cuestion era indispensable en razon á sus locas prodigalidades, á lo mucho que le costaban sus construcciones y la paga de las tropas, que aumentó por segunda vez : en tres dias disipó los tesoros que su padre habia reunido.

Caracalla salió de Roma en 213, y ora con la vestidura de Alejandro, ora con la de Aquiles, recorrió y devastó las provincias del Danubio y de Asia. Despues que compró la paz á los alemanes llegó á Alejandría, donde ordenó un degüello general en venganza de algunas sátiras (215), prohibió las asambleas de sabios en el Museo, y colgó en el



Termas de Caracalla en Roma.

Serapeum la espada con que mató á Geta, como si hubiese sido un objeto consagrado.

Queriendo darse el sobrenombre de Pártico, pidió al rey de los partos la mano de su hija, y entonces pudo avanzar con un ejército que parecia una escolta, hasta el corazon del pais. Artaban le salió al encuentro y le recibió como á su yerno, con todas las exterioridades de la amistad; mas en tanto que los confiados partos se abandonaban á un imprudente alborozo, Caracalla hizo una señal y los romanos emprendieron una horrible matanza, de la cual, aunque con trabajo, pudo escaparse Artaban. Seguidamente asoló el territorio y se trasladó á Mesopotamia, en donde le esperaba la muerte. Un dia, pues, que visitaba con escasa comitiva el templo de la Luna en Carres, un centurion á quien habia injuriado y que además estaba vendido á Macrino prefecto de los guardias, cuya vida corria peligro, dió muerte á Caracalla (217), pereciendo él tambien á manos de los jinetes germanos que formaban la guardia particular del príncipe.

Macrino (217-218): Heliogábalo (218-222).

El ejército, que necesitaba un jefe para hacer frente á los partos enfurecidos, eligió, pasados tres dias, al prefecto de los guardias Macrino, que ni siquiera era senador, y cuya complicidad en el asesinato de Caracalla, que elevó á la categoría de los dioses, ignoraban los soldados.

Macrino dió una batalla sangrienta en Mesopotamia, luego compró la paz por 80 millones de denarios, y de vuelta en Antioquía escribió al senado diciendo que su gobierno daria libertad y seguridad á todos, por lo cual le confirmaron con alegría los poderes imperiales. Los delatores desaparecieron porque les amenazaron con la pena capital cuando no probasen la acusacion, y redujeron al antiguo vigésimo el derecho sobre las herencias. Empero las severas disposiciones que tomó Macrino en favor de la disciplina le indispusieron con los soldados, que, sublevados en su campamento y seducidos con las liberalidades de Mesa, hermana de la emperatriz Julia, proclamaron al jóven

sumo sacerdote de Emesa, Basiano, hijo de Soemis. Su abuela Mesa, sacrificando á la ambicion la honra de su hija, supuso que Basiano era hijo de Caracalla para que le adoptaran las legiones. Con efecto, las tropas enviadas contra el rebelde abrazaron su causa, y Macrino, que con todas sus fuerzas avanzaba para asediar el campamento, fué derrotado en las fronteras de Siria y de Fenicia por el nuevo Antonino (8 de junio de 218). Entonces huyó á Calcedonia de Bitinia, en donde enfermó, lo que dió tiempo á sus perseguidores para alcanzarle, y allí pereció con su hijo Diadumeno. Cuantos gobernadores de provincia se mostraron favorables á Macrino fueron degollados.

Basiano ó Marco Aurelio Antonino, mas conocido con el nombre del dios sirio Heliogábalo, cuyo sacerdocio ejercia, tomó inmediatamente la potestad tribunicia y consular, sin esperar los decretos del senado. Muchos malos emperadores habia habido hasta entonces; pero siquiera sus vicios tenian algo de romano, en tanto que esta vez se vieron las mas impuras voluptuosidades con el lujo mas insensato y una relajacion de costumbres única en la historia. Heliogábalo, que no tenia mas de 17 años, traia consigo las supersticiones de Siria y de Fenicia, y era su dios la piedra negra de Emesa, que constituyó en divinidad suprema del imperio y que casó solemnemente con la *Astarte* de Cartago.

Tan extraño á las costumbres de los romanos como á sus leyes, imitó á los monarcas asiáticos, que elegian sus ministros en las últimas clases sociales : dió los primeros cargos á bailarines y á barberos, formó un senado de mujeres, y quiso ser adorado como el gran rey. Su palacio estaba enarenado con polvos de oro y plata; sus vestiduras, recamadas de pedrerías, no le servian nunca mas de una vez; llenó de esencia de rosa los estanques donde se bañaba, y de vino el canal de los combates navales, y daba festines en los que no se servian mas que lenguas de pavos reales y ruiseñores, sesos de papagayos y faisanes, pechugas de cisne, guisantes con granos de oro, arroz con perlas, y otros manjares no menos refinados. Todo esto se pagaba con las confiscaciones y los impuestos, que elevó al nivel establecido por Caracalla. Sin embargo, hasta los soldados acabaron por hastiarse de aquel emperador monstruosamente afeminado, que se vestia de mujer, hacia labores de lana y queria que le llamasen *Domina* ó *Imperatrix*, pues unas veces era emperador el hijo de un cocinero y otras un cochero del circo. Los pretorianos simpatizaron con su primo Alejandro Severo, á quien habian adoptado y nombrado César. Heliogábalo, temiendo su influjo, trató varias veces de matarle; pero su madre Mamea le salvó, y por fin una sedicion de los pretorianos acabó con aquel sirio que vestia la púrpura y que murió con su madre Soemis el 11 de marzo de 222. Inmediatamente proclamaron emperador al jóven Alejandro, que no contaba mas de 14 años á la sazon, y que quedó bajo la tutela de su abuela Mesa y de su madre Mamea. No tenia mas edad Heliogábalo cuando le declararon que el mundo entero se hallaba sometido á sus voluntades.

Alejandro Severo (222-235).

Aleccionadas por la catástrofe que acababan de presenciar, las dos emperatrices inculcaron al jóven príncipe las virtudes cuyo gérmen habia sembrado en él la naturaleza. Mamea le dió buenos consejeros, los jurisconsultos Paulo y Ulpiano y el historiador Dion Casio fueron sus ministros, tuvo un consejo de 16 senadores, y con aquel buen gobierno se sucedieron en el imperio algunos años de paz y de ventura. Desterró de Roma las supersticiones extrañas, purificó el palacio, donde vivió con pudor y sóbriamente, reformó las monedas alteradas en los últimos reinados, trató de contener los excesos del lujo, y señaló á los veteranos de las fronteras ciertos beneficios militares que debian heredar sus hijos si llevaban las armas.

Mas, desgraciadamente, ni las virtudes de aquel príncipe, que mandó grabar en la portada de su palacio estas palabras, fundamento de la moral social : « Haz á otro lo que quieras que los demás hagan contigo, » ni las luces de Ulpiano, podian dar cima á la árdua tarea de mantener la disciplina entre unos soldados que tantas veces habian ase-

sinado á sus capitanes. Una vez disputando con el pueblo ensangrentaron la ciudad durante tres dias; y su descontento llegó al colmo con la avidez de la imperiosa Mamea, que se habia quedado dueña absoluta del poder despues de la muerte de Mesa. Un dia degollaron al prefecto Ulpiano en presencia del jóven emperador, y Dion Casio, que mandó en Panonia con la antigua severidad, se libró con mucho trabajo de sus golpes. Alejandro no pudo ó no se atrevió á castigar tamañas violencias, y su reinado no fué mas que una lucha terrible contra las costumbres de su tiempo. De carácter afable y generoso por naturaleza, no estaba bien en un trono bañado en sangre, y le convenia mas el *lararium*, donde pasaba todos los dias algunas horas en presencia de las imágenes de los que él llamaba bienhechores de la humanidad, y entre los que se contaban Orfeo, Abraham y Jesucristo. Orígenes instruyó á su madre Mamea en el cristianismo.

La ruina del reino de los partos, desmembrado en principados hereditarios, y la fundacion de otro imperio persa por el sasanida Artajerjes (226), ocasionó una guerra en el Eufrates, pues el nuevo monarca, que devolvia á los montañeses de Pérsida aquella dominacion que les quitaran los partos, se suponia de la raza de los antiguos reyes y reclamó todas cuantas provincias cayeron en poder de Darío. Alejandro contestó atacando á los partos por tres sitios diferentes, y aunque la expedicion no fué feliz, se pudo presentar como una victoria, gracias á algunos triunfos parciales y á la retirada de los persas (232). La noticia de una invasion germánica en Galia y en Iliria precipitó el regreso de Alejandro, que corrió al Rin acompañado de su madre y de una parte de las legiones de Asia, y echó en Maguncia un puente sobre el rio; mas el ejército no le atravesó, porque el emperador prefirió comprar la paz. Indignáronse por ello los soldados, de cuyo descontento se aprovechó el tracio Maximino, que habia sido pastor y que era ahora uno de los principales jefes del ejército. Las tropas sublevadas en la Panonia y comarcas circunvecinas simpatizaron con él, seducidas por su fuerza extraordinaria y su arrojo,

y le proclamaron Augusto en medio del campamento, en tanto que algunos soldados iban á buscar la cabeza de Alejandro y la de su madre. El desdichado emperador no tenia mas de 26 años, y habia reinado 13 (marzo de 235).

CAPITULO XXXI.

DOMINACION DE LOS EJÉRCITOS (235-285).

El godo Maximino (235): Pupieno y Balbino, Gordiano III (238). — El árabe Filipo (244: Decio (249) y Galo (251): destrozos de los godos. — Valeriano (253): Galieno (260): los Treinta tiranos. — Restauracion del imperio por los príncipes ilirios (268-285): Claudio II (268): Aureliano (270): derrota de Zenobia (273). — Tácito (275): Probo (276): Caro (282): Carino y Numeriano (284).

El godo Maximino (235): Pupieno y Balbino, Gordiano III (238).

Maximino era un tracio de orígen godo que en su mocedad habia guardado ganados, un gigante de siete piés de altura, de fuerzas colosales, que comia diariamente 40 libras de carne y se bebia una ánfora de vino [1]. En presencia de Septimio Severo venció un dia á 16 legionarios, uno tras otro. El emperador le alistó en sus tropas, y en corto tiempo ganó grados y fama. Su inaudita fortuna no le hizo confiado, pues no vió mas que enemigos en los senadores, y aprovechó dos levantamientos para perseguirles cruelmente. Mató á uno de ellos, llamado Magno, con 400 personas que le dijeron eran cómplices. El bárbaro Maximino, que ni una sola vez se atrevió á poner los piés en Roma, y que creia necesaria la crueldad para arrancar de su molicie á los romanos, trató al imperio como á pais conquistado, saqueó templos y ciudades, convirtió en moneda las estátuas de oro de los dioses y confiscó las rentas municipales y las sumas destinadas á fiestas y espectáculos.

1. Una ánfora = 1 pié cúbico = 26 litros.